Si, yendo cansados, damos con una chavola, el primitivo lecho de hojarasca que nos procuremos en un rincón de la misma nos parecerá el más acogedor de los dormitorios.

Y así podríamos seguir apuntando un sin fin de casos y situaciones que exponen ante nuestra distraida mirada realidades que, por sernos tan cotidianas, no apreciamos ni agradecemos en todo su valor. Además, con esta saludable práctica se mantiene un mínimo de tono vital, se reactiva el organismo del «homus sedentarius» —permítasenos la expresión—, robustece a los alfeñiques y ayuda a eliminar las grasas y «michelines» de tantos contemporáneos nuestros.

¡Ale, pues, amigos! ¡A trotar por ahí, se ha dicho! Y que Dios nos dé a todos salud para romper muchos pares de botas.

VIAJE A LA COSTA

POR EDUARDO MAULEON

Me he asomado al mar.

He dejado atrás, bastante tierra adentro, mis bravías y solitarias montañas a fin de solazarme, por unas horas, en la contemplación de esa infinita llanura azulada que es el mar.

Si; por esta vez he pensado que quizá mi cuerpo y mi espíritu se hallen un poco cansados de mi constante hollar caminos y sendas, embarrados o secos; de ascender o bajar montañas, de cruzar valles desiertos y bosques apretados: de luchar contra la maleza y lo desconocido; de ver horizontes de picachos y extensiones de estepa. Necesito salir de todo esto para templar de nuevo mi alma llevándola a soñar con nuevos contrastes .

Por eso me he asomado al mar.

He descendido por una suave loma cubierta de hierba y árboles de perfumados eucaliptos. Por un camino de carretas he pasado ante unos viejísimos caseríos pintados de blanco y parras en su fachada. Como éstos se ven muchísimos más desparramados por lomas idénticas. Lomas verdes apetachadas por oscuros pinares.

El mar lo tengo aquí abajo. Me bastaría lanzar con un poco de fuerza una piedra para que esta se hundiera en él.

Me he sentado en una roca casi por completo erosionada por las aguas. Aguas, casi espuma, que se meten arrastrándose suavemente por las oquedades abiertas en la base de la roca dejando y llevando migajas de arena.

He visto pequeñitos y oscuros cangrejos que se asemejan a juguetes a los que se les ha dado cuerda, que trepan y bajan por una mojada pared, pasan-

do, sin respeto alguno, por encima de los caparazones de las lapas. Y he visto racimos de mejillones enanos metidos entre algas que cuelgan de la pared.

He paseado por una playa alargada y solitaria y he cogido puñados de húmeda arena que al apretarla, le quedaban surcos hechos por mis dedos. He caminado, descalzo, por el borde del mar, recibiendo, a ratos, el saludo casi acariciador, de unas frágiles olas.

Y de allí me he ido a un mirador desde el que se contempla la raya del mar. Allá lejos.

Ahí cerca las olas se estrellan, con tremenda rabia, contra las rocas. El viento las empuja y cuando estallan se abren ruidosamente cayendo como un alud de nieve, entre las rocas y el mar.

Me encanta la brisa del mar que trae una lluvia finísima y me pega en la cara. Siento mi rostro mojado y siento el salitre en mis labios. No me importa que la camisa, húmeda, se quede pegada a mi cuerpo. Respiro hóndamente el agua del mar. Marinero de secano aferrado a una barandilla de hierro pintada de blanco, que piensa que esta esquina de la muralla es la proa que rompe el mar...

Y he bajado por una escalerilla, llena de roña, a una ancha roca sobre la que un pescador tiene una caña recia y larguísima, aguantada por una hendidura de la roca. De vez en cuando este hombre tranquilo saca, de una cesta de mimbre, trozos de nauseabundos despojos que arroja cerca del casi invisible corcho que las olas balancean.

Un ruidoso vaporcito pintado de rojo y azul ha pasado cerca de aquí. He visto a un marinero echar, con un pozal, agua del barco a los surcos abiertos en el mar.

Y cuando de allí me iba he contemplado cómo un enorme sol desbordante de fuego, se iba derritiendo lentamente detrás del inmenso mar. De ese mar al que hoy me he asomado y que me permitirá volver con nuevos bríos e ilusiones a esas montañas que me esperan allá, tierra adentro...